



Candela y el rey de papel

Reyes Martínez



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2016, Reyes Martínez, por el texto
© 2016, Mercè López, por todas las ilustraciones
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: julio de 2016
ISBN: 978-84-8343-431-4
Depósito legal: B-14986-2016
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



1. Una mañana de sábado

Ese mes de noviembre estaba resultando de lo más fastidioso. No paraba de llover y el viento arreciaba con furia. Candela, Josemi y Gabi miraban por la ventana de la biblioteca con caras mustias. Los charcos se movían sin cesar empujados por el aire y un pobre perro callejero buscaba donde resguardarse de la fría lluvia pese a no quedarle un pelo seco. Habían quedado ese sábado, porque el resto de la semana estaban ocupados con las actividades extraescolares y los deberes.

Candela lanzó un sonoro suspiro que provocó el chissssst furioso de la bibliotecaria mientras les

mandaba a los tres una dura mirada. Ella bajó los ojos hacia el libro del que estaba tomando unas notas. Tenían que hacer un trabajo sobre los ríos de España y cada uno andaba enfrascado en un libro diferente para poder obtener suficiente información. A Nati y a Álex les había tocado hacer un trabajo sobre los sistemas montañosos más importantes de España. En su grupo estaba Sergio, el empollón de la clase, así que sus amigos, con hacer lo poco que Sergio les dejase, tenían el sobresaliente asegurado. Pero Josemi, Gabi y ella iban a tener que trabajar bastante más.

Cuando salieron de la biblioteca, Candela se recriminó a sí misma por haberle dicho a su madre que no hacía falta que los viniera a buscar. La verdad es que le hubiera encantado ver el coche de su madre a la puerta esperándolos para que no se movieran. Cuando se estaba colocando bien la capucha y el cuello del anorak, un claxon emitió un pitido muy familiar.

—Ahí está tu madre, Candela. ¿No decías que no iba a venir a buscarnos?

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Bueno, en eso habíamos quedado. Pero seguro que al ver de qué manera llueve habrá pensado que agradeceríamos que viniera.

—Pues no se ha equivocado ni un poquito —dijo Gabi sonriendo.

Los tres niños se metieron en el coche y se apretujaron contra el asiento de atrás helados de frío. La calefacción estaba encendida y el cristal, de pronto, se empañó. Pero rápidamente la madre de Candela lo solucionó dirigiendo el aire frío hacia los cristales. En cuanto el vaho se disipó, se pusieron en marcha. Cuando estaban llegando a casa de Josemi, el niño soltó su cinturón y la alarma del coche empezó a sonar.

–Ponte el cinturón, Josemi –dijo la madre de Candela.

–Pero es que estamos llegando ya a mi casa –protestó él.

–Ya, pero es que no vamos a tu casa.

–¿Y a dónde vamos?

–Pues, mira, hemos quedado con Nati y Álex en el Museo de Ciencias, que hoy la entrada es gratuita.

–¿Con Nati y Álex? ¿Museo de Ciencias? –preguntó Candela con una sonrisa de oreja a oreja.

–Bueno, pensé que os gustaría la sorpresa, la verdad.

Los tres niños se miraron, sonrieron y contestaron al unísono:

–¡Nos encanta!

–Ya sabía yo que iba a ser así. Bueno, ya llegamos.

La madre de Candela estacionó el coche en el aparcamiento del museo y se dirigió con los tres niños a la cafetería, donde Nati y Álex degustaban un

chocolate que les hizo la boca agua al resto. Como la madre de Nati también estaba allí, ambas decidieron esperarlos en la cafetería mientras ellos daban una vuelta por el museo. El chocolate caliente y el bocadillo habían dado suficiente energía a los cinco niños para querer pasar allí el resto del día.

–Mira lo que pone ahí, Candela –dijo Álex entusiasmado–. Hay una exposición de papiroflexia durante todo el mes de noviembre. ¡Qué suerte! Podremos verla hoy.

–Es verdad. Pero no sé qué tiene de científica la papiroflexia.

–¿Bromeas? –gritó Álex totalmente indignado.

–Bueno, hombre, no te enfades. A lo mejor Candela no ha querido decir que no sea importante, sino que no entiende por qué está en el Museo de Ciencias. –Nati intentaba poner paz.

–Claro, eso decía –contestó Candela agradeciéndole a su amiga con la mirada el cable que acababa de echarle.

–Yo tengo un montón de libros sobre papiroflexia –le explicó Álex–. Y no solo consiste en hacer figuras de papel, ¿sabes? Los japoneses utilizaban la papiroflexia para preparar las cartas que enviaban. Para ellos era tan importante el contenido de la carta como la manera en que estaba doblada.

–Vaya, pues no tenía ni idea. Lo que no entiendo es por qué han hecho una exposición sobre ese tema en un museo de ciencias.

–¿Y por qué no?

–Bueno, me parece que sería más adecuada en uno de historia.

–Puede que sí, según lo mires. Es igual, el caso es que si queréis podemos ir a verla.

–A mí me encantaría –dijo Josemi–. Seguro que tienen un montón de cosas divertidas.

–Bien, pues entonces iremos –contestó Nati con decisión.

Candela disimuló una mueca de disgusto. No le apetecía nada perder el poco tiempo que tenían para ver el museo, contemplando una birria de exposición sobre figuras de papel. Decidió escaquearse en cuanto sus amigos se despistaran. Prefería ver animales, minerales, vídeos sobre volcanes y una serie de cosas mil veces más interesantes que una estúpida exposición de papel.

Para ir hacia la exposición, tuvieron que pasar por un pasillo bastante largo. Al final había una puerta doble de cristal que daba paso a esa parte del museo. Nada más traspasar la puerta, había un cartel que decía: «EXPOSICIÓN DE ORIGAMI». Estaba colgado del techo. Debajo, había una chica vestida

de azafata con un montón de papeles en las manos. Cuando los vio entrar, se dirigió hacia ellos tendiéndoles un folleto a cada uno en el que se explicaba, con todo detalle, cómo estaba distribuida la exposición y lo que iban a ver en ella.

–Oye, Álex, que te has equivocado –le regañó Candela–. Es una exposición de «origari» o algo así.

–Origami, es lo mismo que papiroflexia.

–Ah, perdona –se disculpó la niña mientras admiraba la capacidad de Álex para aprender casi de todo.

Nada más abrir su folleto, Candela se arrepintió de haber dicho que no quería ir. Según podía leer, en cada habitación que iban a visitar se encontrarían con un decorado distinto. Gabi leyó en voz alta:

–A ver, chicos. En la sala número uno, «Animales del mundo»; en la número dos, «Europa y sus monumentos». Tiene buena pinta esto. Si no nos da tiempo a verlo hoy podemos terminar mañana.

–Sí. Mira, Gabi, la de la sala tres se llama: «El origen de los dinosaurios»; y la cuatro: «Cine para todos» –siguió leyendo Josemi.

–Sí, y la cinco es «Personajes de leyenda»; y la seis, «Cuéntame un cuento».

–Y la última –concluyó Candela–, se llama «El rey de papel».

–En mi folleto solo vienen seis. Te has debido equivocar –explicó Josemi.

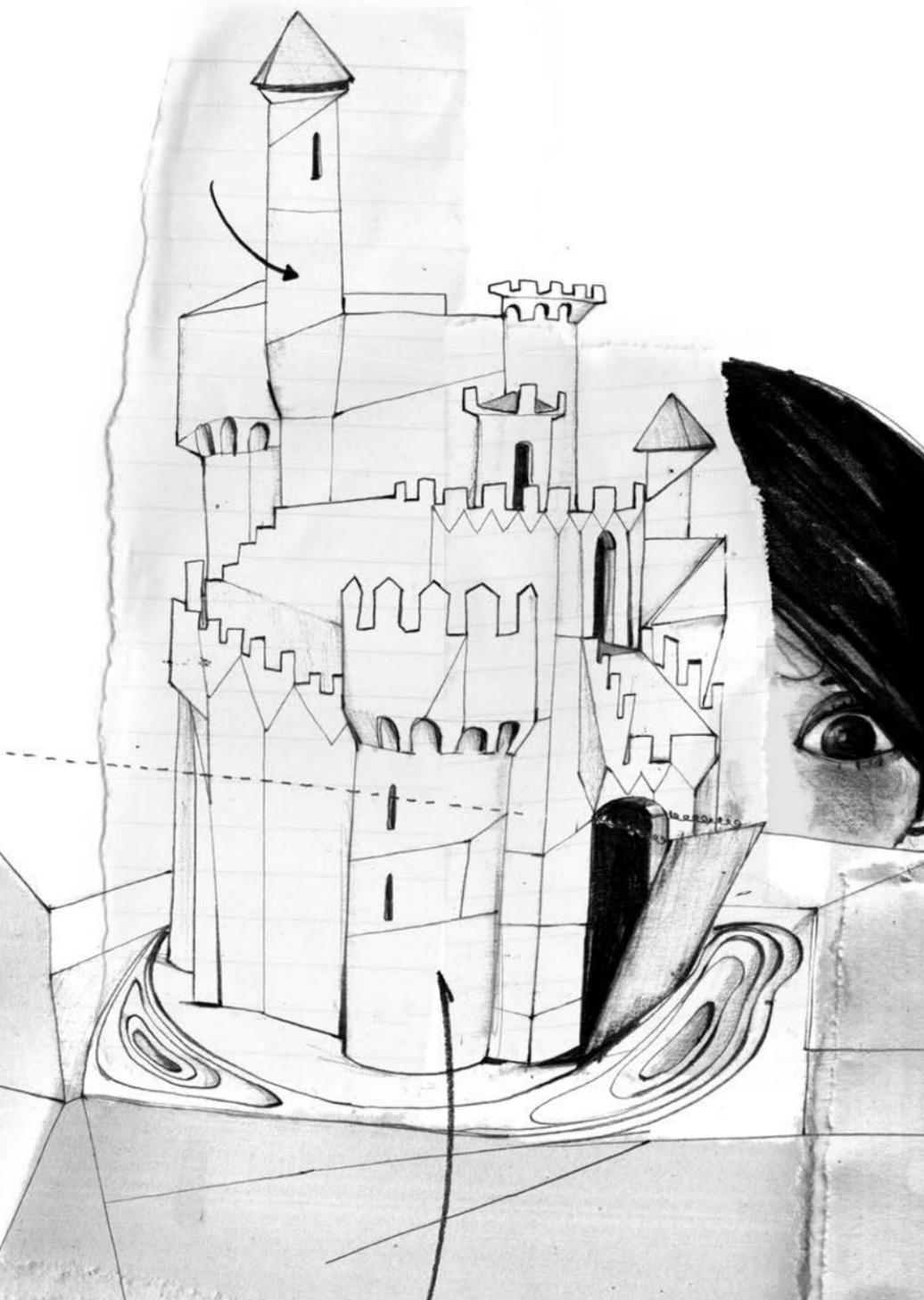
–Pues en el mío también –añadió Álex–. El tuyo debe estar mal, Candela.

Entonces Candela lo miró con atención, y se dio cuenta de que el número siete estaba escrito con una letra distinta al resto del folleto. Parecía que lo hubieran añadido después.

«Bah», pensó ella, «seguro que algún bromista ha añadido esto porque estaba tan aburrido como yo.» Y se dispuso a adentrarse en aquel mundo hecho de papel en compañía de sus amigos.

Por un momento, le pareció ver una sombra que cruzaba el pasillo. Era una sombra pequeña, así que supuso que era un pequeño ratón y sonrió ante la idea. Un pequeño intruso en aquel museo lleno de cámaras de seguridad y de alarmas. Menudo pillo.

Cruzaron el largo pasillo en busca de las maravillas que el folleto prometía. Candela seguía pensando en el suyo, en la séptima exposición ya que, aunque sabía que era una broma, su instinto había encendido una lucecita en su cabeza. No sería la primera vez que a ella le ocurrían cosas «diferentes», así que no se podía eliminar ninguna posibilidad.



2. Una exposición diferente

Candela se prometió a sí misma no volver a decir jamás la frase «qué rollo». Nada más entrar a la primera sala, se quedó boquiabierta y seguía estándolo varios segundos después, cuando oyó su nombre:

–¡Candela! –gritaba Gabi–, ¿estás bien? Llevo un buen rato llamándote.

–Uf, perdona, es que esto me parece increíble. Es... es... bueno, no sé.

–¿Impresionante?

–Exacto, Nati. Ni siquiera me salía la palabra.

–Ya, y tú querías ver otras cosas.

–Es verdad, pero es que no tenía ni idea de que pudiera ser así.

–Ya os lo dije yo –les comentó Álex–. A mí me encanta hacer figuras de papel. En los libros que tengo no vienen cosas tan difíciles, pero se puede hacer de todo.

–¡Ah, claro! Ahora que me doy cuenta... Aquellos aviones de papel que llevaste el año pasado al campo, ¿los habías sacado de uno de tus libros?

–¡Sí! Pero ¡te acuerdas! Pensé que no te habían hecho mucha gracia.

–¿Estás de broma? –respondió Nati un poco ofendida–. ¡Me encantaron! Lo que pasa es que os pusisteis un poco pesados con ellos y no queríais jugar a nada más. Un ratito... vale, pero luego...

–Y yo pensando que ni te habías fijado en ellos.

–Pues ya ves...

–¡Mirad, chicos! Aquí están los animales de la selva, detrás de esta vitrina.

–¡Qué pasada, Josemi! –gritó Gabi con entusiasmo–. ¡Mira el gorila!

–¡Es precioso! –exclamó Candela–. Parece de verdad, pero en miniatura. Ahí hay más en los árboles.

–Madre mía, los árboles sí que son alucinantes –dijo Nati admirando cada hoja de las palmeras que adornaban aquel mostrador.

Habían utilizado para el decorado diversas clases de papel de diferentes colores. Algunos brillaban, otros se transparentaban un poco, otros eran duros, otros tan frágiles que parecía que con respirar encima de ellos se rasgarían. Todos daban una sensación de realismo, que tenía a los cinco amigos corriendo de un lado para otro e intentando memorizar cada detalle. Nati pensaba que a lo mejor podía intentar hacer en casa uno de aquellos árboles que tanto le habían impactado. A Josemi los árboles le importaban bastante poco. Intentaba fijarse bien en cómo estaban hechos los tigres, las serpientes, incluso las diminutas hormigas que salían a trompicones de un gran hormiguero hecho con papel color arena.

Álex ni respiraba. Él ya había hecho miles de cosas de papel, pero aquello superaba con creces cualquier modelo de los que venían en sus libros. Habría dado cualquier cosa por poder sacar cualquiera de esas figuras y desdoblarla con cuidado en la tranquilidad de su habitación. Seguro que al hacerlo entendería perfectamente cómo estaban hechas. Pero eso era imposible. Mentalmente apuntó, en su extraordinaria memoria, la idea de conseguir un libro de origami «avanzado».

A Gabi también le había gustado mucho, pero esperaba ver más. A él le encantaba dibujar, era su